

Nº. 129 OCTUBRE 2018 - @cinco_ni

PERSPECTIVAS

Suplemento de análisis político



FSLN

Las horas bajas del FSLN

PERSPECTIVAS es una publicación del **Centro de Investigaciones de la Comunicación (CINCO)**, y es parte del **Observatorio de la Gobernabilidad** que desarrolla esta institución. Está bajo la responsabilidad de Sofía Montenegro. Si desea recibir la versión electrónica de este suplemento, favor dirigirse a: cinco@cinco.org.ni

Ilustración: Juan García

El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), la icónica organización guerrillera que devino en el partido político más fuerte y cohesionado de Nicaragua durante las últimas cuatro décadas, pasa por una de sus crisis más fuertes en este momento. Tal pareciera que es una crisis terminal de la cual difícilmente logrará reponerse. La actual sumisión del otrora poderoso partido al gobierno de Daniel Ortega ha terminado arrastrando al primero durante la aparatosa caída del segundo. No es la primera vez que el FSLN se enfrenta a situaciones adversas, pero nunca antes, ni en los momentos de mayor represión somocista y debilidad organizativa, había vivido horas tan bajas como ahora. ¿Logrará sobrevivir a su propia debacle?

El FSLN, el sandinismo y sus orígenes

Los orígenes del FSLN se remontan a los inicios de la década de los 60 en el siglo XX, cuando un grupo de jóvenes de orientación marxista, pero principalmente antisomocistas, decidieron fundar una organización política para disputarle el poder a la dictadura de los Somoza a través de la vía armada. La base del FSLN se asentaba en pensamiento y legado de Augusto C. Sandino, el mítico luchador que había logrado la retirada de los marines norteamericanos en los años 30. A Carlos Fonseca, fundador del FSLN y considerado padre de la revolución sandinista, se atribuye el rescate y reinterpretación del pensamiento de Sandino que dio vida y marcó la pauta del naciente FSLN tanto en su programa histórico como en sus acciones políticas.

Desde su nacimiento, el FSLN se propuso como objetivo el derrocamiento de la dictadura somocista a través de la vía armada a partir de las condiciones del país, que se encontraba en un contexto de cierre de los espacios políticos y fortalecimiento de un régimen dinástico y patrimonial, pero también por la influencia de los movimientos revolucionarios que existían en ese momento en América Latina. La experiencia cubana fue una de las influyentes en ideas y como referencia de acción, así como otros movimientos revolucionarios latinoamericanos.

Luego de más de una década en la que dedicaron esfuerzos sistemáticos de reclutamiento de miembros, organización, pequeñas acciones y fuertes reveses, el FSLN logró visibilidad y reconocimiento frente a la sociedad nicaragüense. Dos de las acciones que contribuyeron a su proyección política fueron el asalto y secuestro realizado en la casa de un

alto funcionario somocista, José María (Chema) Castillo, en el año 1974 y luego, la toma del Congreso en el año 1978. En el primer caso, la operación le dio notoriedad pública nacional e internacional al FSLN, lo convirtió en una referencia política para la sociedad nicaragüense y en uno de los adversarios más fuertes del régimen Somoza. La toma del Palacio Nacional, una operación de mayor envergadura y trascendencia, convirtió al FSLN en el actor principal de la contienda con la dictadura somocista y lo revistió de un gran reconocimiento y legitimidad frente a la sociedad nicaragüense. Entre una y otra acción, el FSLN se dividió en tres tendencias, que en la práctica eran tres organizaciones distintas, con estrategias y tácticas propias. La búsqueda de la unidad de las tres tendencias se convirtió en una gran quimera en la que se empeñó su fundador, Carlos Fonseca, quien murió en el intento en 1976. La toma de la casa de Chema Castillo y la del Palacio Nacional proyectaron públicamente al FSLN como una fuerza política militar importante, aunque los recursos con los cuales contaba todavía eran bastante limitados para lograr por su propia cuenta el derrocamiento de la dictadura somocista.

Durante los dos últimos años de los Somoza, el FSLN logró articular fuerzas con diversos sectores del país y en el exterior, de tal manera que le permitió la conformación de un frente amplio. La convergencia de una serie de condiciones y factores, así como el lanzamiento de una ofensiva militar encabezada por el FSLN a la que se sumó una buena parte de la población, posibilitaron la derrota de la dictadura en 1979, y la apertura de una oportunidad histórica para romper con el pasado autoritario. Esa oportunidad se definió en tono a un nuevo proyecto político montado sobre la hegemonía política-militar del FSLN y que se anunció como una revolución que transformaría a Nicaragua.

La revolución y el partido

Inmediatamente después del triunfo de la revolución, el FSLN se convirtió en el actor hegemónico del mismo. Se autodenominó como la organización vanguardia de la revolución y declaró el carácter socialista del régimen en construcción. Poco tiempo después de iniciada la revolución, el frente amplio que se había conformado para el derrocamiento de la dictadura somocista se rompió por las decisiones económicas que se comenzaron a tomar y que afectaron a la empresa privada, pero también por la temprana confrontación con la iglesia católica y las restricciones al pluralismo político. Diversos sectores sociales que antes apoyaron al FSLN tomaron distancia del pro-



yecto revolucionario, entre ellos: una parte importante del sector privado, partidos políticos y una parte de la población que no compartía la matriz ideológica del FSLN.

El proyecto de la revolución pretendía generar desarrollo económico, ampliación de los servicios sociales particularmente en salud y educación; sin embargo, tenía que hacer frente a la realidad de un país que se encontraba entre los más atrasados de Latinoamérica, una larga dictadura y una estructura económica rural, altamente concentrada y oligárquica. El análisis de la realidad a partir de visiones ideologizadas, el no reconocimiento de las estructuras y tejidos sociales, culturales y étnicos, así como de la diversidad del país provocaron evidentes desencuentros. La revolución era muy tierna y sus dirigentes y protagonistas, inexpertos. El aprendizaje fue rudo, sobre la marcha y sus costos fueron alimentando el descontento y la insatisfacción.

En el plano político, prevaleció un esquema de partido único en la práctica, la fusión del Estado-Partido, la subordinación vertical de las organizaciones sociales, y el cierre de los espacios de debate. Por otra parte, la revolución era considerada como fuente de poder y su legitimación democrática fue tardía, profundizando el desencuentro con sus opositores. En realidad, la construcción de la democracia era una tarea planteada e inconclusa, de tal manera que más adelante, en 1990, el reto quedó al desnudo toda vez que se resolvió la confrontación revolución-contrarrevolución, que distorsionaba cualquier reflexión al respecto.

Durante una década de guerra, el Frente Sandinista intentó construir una organización con los rasgos de un partido político convencional. Se crearon estructuras organizativas, categorías de miembros, procesos de reclutamiento y selección de integrantes, líderes a diferentes niveles, y funciones que construyeron

una cultura organizacional y una serie de prácticas partidarias. La impronta de la épica militar marcaba la vida partidaria toda vez que el contexto era de creciente militarización por el conflicto armado interno. El modelo escogido para la toma de decisiones interna fue el llamado centralismo democrático, que provenía más de la cultura y estructuras de la izquierda comunista, que de los partidos de la democracia liberal. En cierto momento, se enfrentó a un debate incipiente sobre el tipo de partido en que se convertiría: uno de masas o electoral; sin embargo, ese debate no progresó y mucho menos se resolvió.

Junto a la estructura partidaria, el FSLN promovió el fortalecimiento y creación de numerosas organizaciones sociales y gremiales que conformaban una amplia base de apoyo, algunas de ellas surgidas desde la época de la lucha contra la dictadura somocista y otras nacidas a partir de la revolución, entre ellas: la Juventud Sandinista 19 de Julio, la Central Sandinista de Trabajadores, la Asociación Nacional de Educadores de Nicaragua, la Asociación de Trabajadores del Campo, los Comités de Defensa Sandinista y muchas otras más. Esas alianzas tenían un doble filo porque, proveían reconocimiento, confianza, aceptación y legitimidad política, por un lado; y por el otro, terminaron cooptando y subordinando a las organizaciones a las líneas partidarias definidas desde el directorio nacional del FSLN. Para finales de los 80, el FSLN era un partido centralizado, vertical, sin tradición de debate ni vida democrática.

“Gobernar desde abajo”

Las elecciones realizadas en 1990 y sus resultados dieron cuenta de una cruda realidad para el FSLN: ya no era el partido vanguardia

de la revolución y el apoyo masivo del que se ufana era un mero espejismo. El duro golpe que supuso esa derrota electoral obligó al partido y su directorio a aceptar los resultados y entregar el gobierno a una amplia coalición electoral conformada meses atrás, la Unión Nacional Opositora (UNO), encabezada por Violeta Barrios de Chamorro.

La primera reacción después del estupor que causó la sorpresa electoral llevó al partido a la conclusión que se iba a entregar el gobierno, pero no el poder. Una de las decisiones más importantes fue entonces la realización de la llamada "piñata" que benefició a miles de personas especialmente con la entrega de títulos de propiedad en el marco de las leyes 85 y 86; pero también significó la apropiación privada de una enorme cantidad de recursos estatales, distribuyéndolos entre militantes del partido, principalmente altos funcionarios y dirigentes del FSLN, dando lugar a la formación de un grupo de nuevos empresarios sandinistas que manejaban capitales importantes. Durante los primeros años de los 90, el FSLN también le disputó al gobierno Chamorro y a la UNO, otros espacios de poder en la Asamblea Nacional y en las calles. Se trataba, como dijo el mismo Daniel Ortega días después de las elecciones, de "gobernar desde abajo".

En esos años, las manifestaciones y movilizaciones fueron multitudinarias, sistemáticas y extendidas en todo el país. La transición política, las reformas y el ajuste económico, y la preservación de las "conquistadas de la revolución", eran algunas de las demandas que llevaron al sandinismo a las calles. Mientras tanto, Ortega y algunos de los líderes del partido negociaban y establecían acuerdos con líderes de la UNO y el gobierno Chamorro en espacios privados. A pesar de su derrota electoral, el FSLN era una organización poderosa, capaz de hacer presión y estremecer al gobierno.

Un pragmatismo oportunista

Entre 1990 y 1994 el partido sandinista no contaba con una estrategia política y menos, un programa que propusiera soluciones a los problemas heredados por una década de enfrentamiento militar interno. El aparato partidario optó por protegerse mientras la militancia y los simpatizantes del partido defendían el legado de la revolución en las calles, de manera que a lo interno se cerraron los necesarios espacios de debate para analizar las razones de la derrota electoral y formular estrategias más claras que les permitieran posicionarse en el contexto de la transición como la principal fuerza de oposición; pero además, formular una propuesta política alternativa para todo

el país. Desde entonces, el partido se desconectó de otros debates necesarios, incluso sobre su propio rumbo como organización política y los debates internacionales serios. La consecuencia es que, las diferentes corrientes de pensamiento que existían en su interior comenzaron a expresarse bajo la forma de disidencias que no encontraron un cauce de salida a sus planteamientos y demandas.

Una de esas corrientes, que se identificaba con un proceso de institucionalización política y democrática incluyó a cuadros políticos, parlamentarios, una parte de la nomenclatura del ejército y sectores empresariales que querían espacio propio. Tuvieron capacidad de influencia en las reformas a la Constitución de 1995, ciertas reformas al sistema electoral y un cierto equilibrio de poderes; pero en el ámbito de las políticas económicas aceptaron las medidas de ajuste, lo cual debilitó su capacidad de debate interno. Ortega y su grupo los acusaron de ser derechistas, los estigmatizaron y descalificaron, igual que a todos los que emergieron después.

Otra corriente planteaba la defensa de la revolución y estaba conformada con militantes del espectro medio y bajo, organizaciones sociales que defendían avances y legados que ya no eran sostenibles en un contexto donde las instituciones y mecanismos más importantes de la revolución, ya se habían desarmado. No lograron formular un programa ni una propuesta viable, promovieron su línea a partir de los mismos métodos que los hundieron y en determinado momento, establecieron una alianza con el mismo Daniel Ortega. Una tercera línea estaba conformada por militantes de oportunistas e interesados en acumular poder. Ellos fueron los que se aglutinaron más pronto alrededor de Ortega, y eran los cuadros más conservadores dentro del partido y las organizaciones sociales, redes de exmilitares, algunos empresarios, oportunistas surgidos de la piñata, entre otros.

Las dos corrientes disidentes terminaron dejando el aparato partidario, o bien, expulsados. Tal es el caso del Movimiento de Renovación Sandinista (MRS) y el Movimiento por el Rescate del Sandinismo, para mencionar dos de los grupos más conocidos. Pero también comenzó a producirse un desgrane individual de militantes que fueron silenciados, estigmatizados y castigados por expresar sus opiniones y críticas.

En la medida en que todas las corrientes críticas internas fueron expulsadas o acalladas, a lo interno del FSLN se fue conformando un nuevo grupo de poder que tomó el control del aparato partidario, se enroscó en las posiciones de toma de decisiones y se revistió de un pragmatismo oportunista para negociar cuotas de poder para su propio beneficio. Ortega

estaba a la cabeza de este grupo que logró hacerse con el control del aparato partidario eliminando críticos y opositores, apropiándose de organizaciones y otros recursos de poder hasta abrir el camino para instaurar su concepción del poder. El pacto Alemán – Ortega ha sido el epítome de ese proceso.

La nueva “secta” política

El FSLN, controlado por Ortega y su grupo, reconfiguró su naturaleza, composición, prácticas y comportamiento hasta convertirse en una especie de “secta” política. Hasta el 2007, se dedicó a concentrar y fortalecer su grupo de poder administrando su capital simbólico de izquierda revolucionaria y los invaluable recursos con los que contaba en ese momento: era el partido de oposición más grande y fuerte del país, tenía una larga experiencia política, había logrado establecer acuerdos excluyentes y privados con las principales fuerzas políticas y económicas, y contaba con un amplio tejido de simpatizantes en todo el país.

En ese contexto, con el pacto funcionando y la denuncia pública de Zoilamérica por los abusos sexuales de Ortega, comienzan a tomar forma dos fenómenos: el nacimiento del gran caudillo Ortega y el ascenso de Rosario Murillo como el embrión de un proyecto dinástico familiar. En ese esquema el partido se convirtió en una maquinaria política al servicio de un proyecto familiar, de tal manera que la militancia y todos los recursos del FSLN fueron dispuestos en función de ese proyecto, ya fueran estos económicos, políticos y simbólicos. Más adelante, con el regreso de Daniel Ortega a la presidencia en el 2007, el aparato estatal también se puso en función del proyecto familiar, de tal manera que Daniel y Rosario se volvieron figuras omnipresentes y omnipotentes a las que la militancia, y el país entero, debía agradecer por sus favores.

El grupo familiar de poder Ortega-Murillo construyó una suerte de anillo de poder dentro del aparato partidario, desplazó a la militancia histórica, aquella que había batallado desde 1990 para sostener al FSLN y sus vínculos territoriales, y la sustituyó por una nueva militancia de menor edad, con poca experiencia y trayectoria política, débil identificación ideológica y reclutados a partir de un clientelismo oportunista. La base política y la legitimidad del FSLN pasó entonces de una militancia consistente, a una base partidaria volátil adscrita por el interés y alimentada por el oportunismo. En la práctica, eso terminó de dividir al partido en dos grupos: quienes se mantienen adentro por un vínculo afectivo y quienes reciben algún beneficio a cambio de su lealtad partidaria. Muchos de este últi-

mo grupo son empleados estatales, ostentan cargos dentro del mismo partido, y los más afortunados, participan de los negocios surgidos a la sombra de la pareja presidencial.

Los cuadros históricos del partido fueron apartados de la toma de decisiones y la vida partidaria eliminada, mientras prácticas como el verticalismo a ultranza se instalaron de manera permanente en el FSLN, tal como sucedió en la designación de Rosario Murillo como candidata a la vicepresidencia en el 2016. Las decisiones se han centralizado en la pareja Ortega-Murillo y, revestida de nuevas formas; sin embargo, la fuerte influencia de Murillo tanto en el gobierno como en el partido introdujo una nueva dinámica interna, pues además de crear una división y una estructura paralela, dispuso los recursos públicos estatales y partidarios subordinándolos al proyecto dinástico familiar.

El legado del pensamiento sandinista que había orientado la ética y los discursos del FSLN desde su fundación fueron sustituidos por una mezcla ecléctica que se resume en el lema adoptado por el partido y el gobierno para definir la “segunda etapa de la revolución”: cristiana, socialista y solidaria. Aunque el FSLN ha seguido identificándose como “izquierda”, sus discursos y prácticas han servido para reforzar un modelo neoliberal no solamente en términos económicos, sino también social y político; se ha aliado a la línea más ortodoxa y cerrada de las llamadas izquierdas y socialismos del siglo XXI; y se ha revestido de una serie de rituales y símbolos cuasi religiosos creados e impuestos por Murillo, a fin de generar identificación y pertenencia, entre ellos: el uso predominante del color fucsia; canciones con letras re-escritas a partir de otras conocidas; coloridas camisetas para los jóvenes; actos y ceremonias teatralizados, con elaboradas coreografías y costosos arreglos; documentos y discursos públicos plagados de menciones a santos, oraciones y celebraciones religiosas. Todos estos nuevos símbolos tenían como propósito redefinir la imagen del FSLN y reafirmar el control de Ortega y Murillo sobre el aparato partidario y sobre el supuesto legado de la revolución.

La insurrección de abril y el agotamiento de los símbolos

Varios años atrás distintas voces, especialmente aquellas que provenían de los grupos disidentes del FSLN, plantearon que existía una diferencia entre el sandinismo que nutrió a la lucha revolucionaria en décadas anteriores y el orteguismo, definido como la adscripción y lealtad al proyecto Ortega-Murillo. Esta



diferenciación surgió como respuesta a las críticas que diversos sectores de la sociedad nicaragüense plantearon una vez que Ortega regresó a la presidencia y se arremetieron cuando la deriva autoritaria se hizo evidente.

La insurrección cívica de abril puso nuevamente sobre el tapete público la responsabilidad histórica y el rumbo del FSLN frente a la brutal represión emprendida por Ortega en contra de las protestas y el movimiento ciudadano. Los símbolos partidarios, que eran lo último que le quedaba al FSLN, terminaron desgastados y agotados, especialmente cuando el rechazo y la ira popular se volcó en contra de ellos, especialmente aquellos que Murillo había impuesto como nueva imagen del partido. Incluso la bandera y los colores rojinegros del FSLN se convirtieron en objetos del repudio ciudadano cuando, en medio de la crisis, los Ortega-Murillo intentaron rescatarlos nuevamente.

La (con) fusión que los Ortega y Murillo hicieron entre partido y gobierno fue vista por la ciudadanía como una responsabilidad compartida en la que el FSLN también se convirtió en hechor y consentidor. Pero además, fue así porque en un intento de convocar apoyo entre sus bases, Ortega y Murillo impusieron nuevamente la bandera del FSLN por encima de la azul y blanco del país. A lo interno del partido, los conatos de malestar y oposición interna fueron acallados tempranamente y el binomio presidencial obligó a la militancia a cerrar filas a su alrededor asistiendo a las marchas y movilizaciones fabricadas, obligando a los empleados públicos a realizar turnos en la rondas de Managua, y a los más fanatizados, los convirtió en co-responsables por su participación en los grupos de choque y grupos paramilitares que actúan conjuntamente con

la policía en las acciones de represión.

Nunca como hoy es más evidente que el FSLN dejó de ser un partido para convertirse en una maquinaria política al servicio de un proyecto personal. La base partidaria atraída a través del clientelismo oportunista y la intimidación ha terminado de resquebrajarse y los Ortega-Murillo no cuentan con respaldo político. Sus intentos por recuperar a la militancia histórica no han funcionado ni siquiera apelando a los viejos vínculos con el pasado revolucionario y los símbolos desgastados. El resentimiento y las humillaciones acumuladas durante estos 11 años les han cobrado la factura.

Los intentos de algunos militantes históricos que todavía permanecen dentro de las filas y que creen que es necesario recuperar al partido, han sido infructuosos. El FSLN se ha convertido en una organización, más que rechazada, ampliamente odiada. La gente comprende que hay diferencias entre sandinismo y orteguismo, pero en el fondo a ambos les atribuyen la responsabilidad por lo que ha sucedido y sobre todo, por el alto costo que la sociedad nicaragüense ha tenido que pagar para restablecer la democracia.

Sin ideología, sin programa, sin estructura firme, sin organización y sin legitimidad, el FSLN ya no es ni la sombra del partido que fue. Probablemente, ni en los momentos en que era una organización clandestina, pequeña y golpeada por el somocismo, vivió horas tan bajas como ahora. Los esfuerzos por mantenerlo vivo pueden darle oxígeno en el corto plazo, pero sin legitimidad, confianza ni reconocimiento, sus días están contados y las posibilidades de recuperarse son pocas. No es extraviado pensar que el FSLN vive sus últimos días.